

EL CORAZON DESARMADO*

O el ideal benedictino de paz

¿Por qué se ha convertido la paz en el emblema de la vida monástica según san Benito? *La Regla de los monjes*, si bien la menciona con frecuencia, no le concede sin embargo un lugar central. Por el contrario, la humildad, la obediencia o la caridad fraterna parecen a primera vista ser más esenciales a lo propuesto por san Benito, al menos tal como lo formula en la Regla. ¿Tal insistencia representaría tal vez una desviación con respecto a la intención primera? o bien, por el contrario, ¿se trataría de un desarrollo en la misma línea? La paz, en verdad, es como el cimiento de todos los valores monásticos, el clima en el cual pueden madurar, la atmósfera que ellos mismos crean y el fruto de su desarrollo llegado a la madurez. Donde reina la paz, a buen seguro están también vivos el amor fraterno, la humildad, la obediencia.

En esto, la intención benedictina no difiere de todo enfoque cristiano auténtico. La paz no es un valor en sí, sino que acompaña cierta cualidad de interioridad compuesta de benevolencia, de acogida y de respeto por el otro; de ausencia de voluntad de poder. La paz irradia de un corazón que sufre persecución por la justicia sin resentimiento. Cuando todos los demás valores cristianos se hallan bien integrados a la personalidad espiritual, la paz se difunde por sí misma. Se puede decir de las bienaventuranzas que se incluyen unas en las otras. El "pobre de espíritu" (cf. *Mt 5,3*) es a la vez manso, afligido, hambriento de justicia, misericordioso, puro de corazón y artesano de paz. El pobre de espíritu "respira" paz, pues esta es flor y ornato de la humildad.

Paz de corazón y paz entre las naciones

La paz, que en el contexto de las relaciones internacionales tiene un sentido preciso aunque se deja entrever con dificultad, resulta un tanto indefinible en la vida espiritual, si bien se impone como el sello de un corazón plenamente evangélico: un hombre en paz no engaña. Ya ha entrado en la libertad de los hijos de Dios, en una plenitud de vida según el Espíritu.

Además, la Iglesia llama la atención incansablemente acerca del vínculo indisoluble que existe entre la paz espiritual y la paz internacional. Este llamado de aten-

* De *La Vie Spirituelle* N° 659, p. 154.

ción irrita. La relación parece por demás floja, sus términos muy distantes. La paz entre las naciones es urgente. La paz de los corazones parece irrealizable, al menos para la mayoría. Sin embargo, son realmente artesanos de paz los que han vencido el odio, primero en sí mismos para hacerlo desaparecer luego en las relaciones exteriores. Este es el precio de una paz duradera. La fragilidad de los reglamentos internacionales, y, a veces, su falsedad provienen de que no pueden apoyarse en la lealtad de hombres que quieran realmente la paz.

La Iglesia tiene razón en insistir sobre este vínculo. Si la instauración de la paz reviste un carácter urgente; la manera más segura de promoverla es precisamente comenzar a ejercitarla en la propia casa, en sí mismo y en el ambiente que lo rodea. Ahí reside la utopía cristiana: a partir del pequeño punto luminoso que es un corazón reconciliado, la paz puede llegar por ondas sucesivas hasta los extremos de la tierra. Los santos, que tuvieron la audacia de librar la batalla hasta lo más íntimo de su corazón, dan testimonio de la irradiación universal de su paz interior. Ghandi, que tuvo el genio de aplicar a la vida política la relación entre paz espiritual y paz social, muestra a muchos de nuestros contemporáneos un camino eficaz para salir de las contradicciones habituales que se pueden formular así: ¿de qué puede servir una conversión espiritual, totalmente individual, frente al inmenso y múltiple desencadenamiento de odio en tantos campos de batalla? ¿Qué relación puede haber entre la paz internacional y la conversión del corazón, cuando sus objetivos respectivos parecen tan poco comparables y tan desproporcionados entre sí?

Ante la ineficacia de numerosos acuerdos internacionales, conviene volver a poner el dedo sobre el único móvil de la violencia: la voluntad de mal alimentada en el corazón humano.

“El ‘corazón’ en el lenguaje bíblico es lo más profundo de la persona humana, en su relación con el bien y el mal, con los otros, con Dios. El desorden del corazón equivale al de la conciencia cuando ésta llama bien o mal a lo que ella desea escoger según sus intereses materiales o su voluntad de poder. La misma complejidad del ejercicio del poder no impide que haya siempre una responsabilidad de la conciencia individual en la preparación, desencadenamiento o extensión de un conflicto; el hecho de que la responsabilidad sea compartida por un grupo no cambia nada al principio (...). La paz brota de un corazón nuevo”¹.

Convertirse por medio de la obediencia

La invitación de Benito de Nursia a la conversión del corazón responde a todas las urgencias de nuestro tiempo y concuerda con las palabras del Evangelio: “Conviértanse porque el Reino de los Cielos está muy cerca” (Mt 4,17). Conviértanse si quieren que venga el Reino de Dios, el reinado de la paz. El Prólogo de la Regla se presenta como una larga exhortación a cambiar de vida, a entregarse a

1. Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1º de enero 1984, O.R. 25-XII-1983, p. 9.

Dios, único Señor de la vida:

Buscando el Señor a su obrero entre la multitud del pueblo, al que llama, dice de nuevo: "¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días buenos?" Si tú, oyéndolo, respondieres: "Yo", te dice Dios: "Si quieres tener la verdadera y perpetua vida, prohíbe a tu lengua el mal, y tus labios no hablen engaño. Apártate del mal y obra el bien; busca la paz y síguela". Y cuando esto hiciéren, mis ojos estarán sobre ustedes y mis oídos atentos a sus voces!. ¿Qué cosa más dulce para nosotros, carísimos hermanos, que esta voz del Señor que nos invita? Vean cómo nos muestra el Señor, por su piedad, el camino de la vida.

En esta invitación apremiante a la conversión, a tomar el camino de la vida, la búsqueda de la paz figura en lugar destacado: es una cita del salmo 33 (v. 14-15) que san Benito aprovecha para poner como el punto de partida de la conversión una voluntad de paz y una pureza de intención respecto del prójimo. Pide al discípulo que quiere responder al llamado del Señor que opere un cambio radical. ¿De qué manera? Por la obediencia. No la obediencia meramente exterior a una disciplina —si bien esta no se descarta, por supuesto— pero lo que primero importa es la obediencia de corazón, y sin pretender hacer un juego de palabras, podríamos decir también, una *obediencia cordial*.

Las preclaras y fortísimas armas de la obediencia

Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto la admonición del piadoso Padre y cúmplela eficazmente, para que vuelvas, por el trabajo de la obediencia, a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia. A ti, pues, se dirige ahora mi palabra, quienquiera que, renunciando a las propias voluntades para militar a las órdenes del rey verdadero, Cristo Señor, tomas las preclaras y fortísimas armas de la obediencia.

Para convertirse en un ser de paz, tanto el Evangelio como la Regla de san Benito invitan a un cambio total de actitud interior. La decisión de obedecer marca un cambio radical puesto que hace pasar de la cerrazón frente a Dios a la escucha.

En el fondo, obedecer es la misma cosa que escuchar (*ob-audire* en latín). Bien lo sabe san Benito, ya que comienza su Regla por la célebre admonición "Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón", y da como primer instrumento de esta nueva apertura "las preclaras y fortísimas armas de la obediencia".

La violencia del pecado

En su raíz, el pecado es la negativa orgullosa a escuchar a Dios por una pretensión de independencia absoluta. El Génesis nos describe el primer pecado en términos similares. No es un pecado de tantos sino que contiene todos y los resume. Se dice que fue un pecado de desobediencia, no por cierto anecdótico, tam-

co una desobediencia formal a una prohibición arbitraria, sino más profundamente, una voluntad antinatural y perversa de constituirse en el autor-único de su propia vida dejando de lado a Dios. La desobediencia está cargada de consecuencias pues es la ruptura de una relación vital que altera todas las relaciones del hombre con su mundo y con los demás. Dios daba vida al hombre, día tras día, a su medida y según su consentimiento. El la recibía de Dios acogiéndola en un corazón de hijo. Esta relación, que suponía una dependencia, se halla de pronto alterada y rota por la voluntad del hombre que quiere tener el completo dominio del don de la vida. ¡Que la vida no sea ya don sino poder personal, que no sea ya propuesta y recibida sino concebida por él y plenamente auto regentada, que no sea ya dependencia sino plena autonomía!

Pretensión indebida, pues el hombre quiere más de lo que puede, ya que no es origen ni fuente sino tan solo beneficiario de la vida. Lo cual era lo mejor para él y de ninguna manera una reducción o una sanción. No está lejos la guerra que quiere legitimar un derecho por un poder o una dominación (pues el hombre tuvo el poder de transgredir la relación de origen) en vez de limitar el ejercicio de su poder a las fronteras del derecho. ¡La guerra traspasa las fronteras! Y más frecuentemente es usurpación de un poder que justificación de un derecho amenazado.

La violencia está inscrita en el acto original de desobediencia porque supone una ruptura de comunión. El hombre se torna enemigo de Dios y le atribuye los rasgos terribles de un amo implacable² y, juntamente se siente enemigo del prójimo y enemigo de sí mismo. La "ayuda semejante a él" (Eva) deviene "la mujer que pusiste a mi lado" (Gn 3,12). Yuxtapuesta, ¡como lo están todos aquellos que no queremos reconocer como hermanos! Palabra de culpabilidad desconfiada e infantil. La justificación de la inocencia es señal de la inocencia perdida. La obediencia no era de ninguna manera el estado infantil del hombre antes de las conquistas de la libertad, sino la obediencia del hijo de Dios atento a una voz interior. El infantilismo viene con la autojustificación culpable y las divisiones de la conciencia. Vivir con Dios es percibir "la voz de un padre tierno" (cf. Prólogo de la Regla) ponerse acorde con ella y alegrarse porque ella se hace oír en el punto mismo en que la vida se origina en cada uno, fuente surgente de una constante donación. La desobediencia altera gravemente esta relación; Dios Padre está lejos del corazón, las fuentes quedan olvidadas. Tanto él como el prójimo son el enemigo potencial. El que quisiera ir en busca de su origen para conferírsele a sí mismo se

-
2. A propósito de la historia de Caín y Abel, un filósofo dice lo siguiente, que podría también aplicarse al primer pecado: "En adelante, con el cambio del régimen "existencial frente a Dios" (un Dios que se retira), todo enfoque de lo divino aparece problemático, deviene sujeto a caución puesto que está amenazado de instalarse "fuera de la verdad". En otros términos, al querer acercarse a cualquier precio a lo divino (por el sacrificio ritual) uno se expone a los mayores peligros, o sea a los de un error acerca de Dios. La caída, ¿no es acaso ese deslizamiento en el que uno acaba por ceder al Mentiroso, cuyas mentiras se refieren ante todo y esencialmente al Creador, a quien trata de hacer pasar por rival del hombre?" (M. Da Penha Villela, "Caín et Abel, la querelle des ofrandes", en "Le rite", Beauchesne, 1981, coll. Philosophie, p. 126, 127.

hallaría irremediadamente separado de sus fuentes, pues éstas provienen de Dios. Son el fruto de una relación existencial. Escapan a toda tentativa de autocreación.

Hay que volver a ganar la paz desbordante como un río

Entonces se insta en los hombres una lucha por sobrevivir. No existe ya la "paz desbordante como un río" de la que habla Isaías (66,12) para evocar el restablecimiento mesiánico de la paz comparable al estado de armonía primera. Entonces la obediencia era abundancia y comunión, porque Dios dejaba a los suyos gozar de todo su bien, como lo ilustra la parábola del hijo pródigo que va a reclamar la parte que le toca. La desobediencia inaugura un régimen de penuria y de mendricia: hay que esconderse de Dios y dominar al prójimo, de miedo que este me domine. La tierra es objeto de una conquista dura y laboriosa y de una constante rivalidad. El episodio de Caín y Abel manifiesta el desencadenamiento de violencia provocado por el gesto inicial de desobediencia anárquico. Dios mismo lo había anunciado después de la falta: "Sentirás atracción por tu marido y él te dominará" (Gn 3,16). Tenemos aquí la "rivalidad mimética" de que habla R. Girard. El otro hombre ya no es el ser complementario que habita en mí y al que yo reconozco como mi prójimo bien cercano a mí mismo, sino aquel que me atormenta y me inquieta por sus amenazas y por mis miedos. Y lo mismo ocurre con Dios. La creación no es ya simplemente ayuda fraterna y sostén y alimento de la vida, sino objeto de codicia y de lucha contra la resistencia de los elementos. "El trabajo de la tierra es (...) el lugar donde el hombre —porque está amenazado de ser absorbido en el afán de dominarla— corre el riesgo de no encontrarse a sí mismo, de no poder realizar su identidad en tanto que imagen de Dios³...". El hombre en guerra se absorbe, se ciega a sí mismo en una conquista contraria a la naturaleza y la creación queda afectada por una voluntad de posesión que empaña la luz del acto creador; hay una "ocultación de la modalidad paradisiaca" (O. Clément).

Vieja historia, se dirá, que significa a lo sumo la hermosa y universal aspiración de la humanidad a una paz imposible. ¿Sueño inútil? Antes bien, descripción exacta que deja sin réplica nuestras más locas empresas y sus culpables ilusiones. El sueño no está del lado que se lo piensa. Se comprende que el retorno a la verdad del corazón y a la obediencia haya entrado a formar parte de la realidad en el camino de vida que señala san Benito: "¿Qué cosa más dulce para nosotros, queridos hermanos, que esta voz del Señor que nos invita? Veán cómo, por su piedad, nos muestra el Señor el camino de la vida" (Prólogo de la Regla).

¿Y hay algo más insinuante que esa voz de las sirenas que nos impulsa a tomar las armas de la conquista? Sugestiones mortales, lo sabemos demasiado bien. La ausencia de paz es destructora y conduce a la muerte. Verdad que no necesita demostración, evidencia cuyas premisas se olvidan fácilmente, sin embargo: conquistar la paz es acoger nuevamente la fuente de vida para sí mismo, para los de-

3. *Ibid.* p. 127-128.

más, para la creación: fuente de vida que es Dios, Padre muy bueno, único dueño de los valores de la vida. "La paz brota de un corazón nuevo". Buscar la paz y seguirla es invertir el gesto desenvuelto de la pretensión autosuficiente; es reconocer que ni la creación, ni los hombres están en mi poder exclusivo sino que siempre soy, junto con Dios, responsable de la vida, de su protección, de su salvaguarda, de su desarrollo. Y me reconoceré investido de esta responsabilidad sólo en el afinamiento de la escucha interior (obedecer es *responder* "sí" a Dios para lo que se me confía, es presentarme ante él como garante de los valores que me son confiados).

Respetar la creación y las personas

¿Sonaría extraño a nuestros oídos nombrar a la paz como voluntad renovada de acoger la vida en todas sus formas y respetarla? Ciertamente no, puesto que se sabe que toda violencia se alimenta de una negación de ese respeto y por lo mismo de una desobediencia al Creador, es decir de una irresponsabilidad (negarse a dar cuenta a Dios de los propios actos).

Frente a la voluntad de poder, negadora de toda dependencia ontológica, sólo el reconocimiento del origen sagrado de la creación y del carácter inalienable de la persona puede suscitar una dinámica de paz. Este reconocimiento pasa necesariamente por la escucha y la obediencia del corazón.

Se ha dicho, con razón, que la combatividad es propia de la masculinidad (*animus*), por naturaleza conquistadora y como tal ávida de adueñarse y dominar. Cada uno lleva en sí otra tendencia, descuidada por nuestras sociedades guerreras y viriles: la femineidad (*anima*). Se la describe como más atenta a acoger y a dejar crecer los gérmenes de vida dondequiera comiencen a crecer, más atenta a acompañar la creación en su gestación, más afín con el Espíritu creador. Este respeto por la creación y por la vida es con toda propiedad el nombre de la paz. Muchos dicen que se desarrollará el día en que los valores femeninos (¡que no son exclusivos de las mujeres!) hayan encontrado su justo lugar en nuestras sociedades. La obediencia del monje, que tiende a restablecer en su corazón con Dios Padre y con el Espíritu, dador de vida, la armonía que se había quebrado, se ejerce en el mismo sentido y con el mismo fin. Quiere ser ante todo pura acogida y respeto, antes que toda acción en favor de esto o aquello (inclusive en favor de la paz). Si el término contemplación tiene algún significado es justamente este: quiere ser acogida cordial antes que toda voluntad de acción.

La conversión —tanto para san Benito como para el Evangelio— exige un cambio total de actitud. El hombre pecador se cree capaz de "hacer su vida por sí mismo"; está librado a su "voluntad propia" que, en el lenguaje bíblico como en el de san Benito, equivale a hacerse esclavo del instinto de dominio y de las concupiscencias de la carne. Se halla apresado en el engranaje de la rivalidad mimética. Para cambiar, debe combatir esas tendencias (rechazar los impulsos de la "voluntad propia", evitar las concupiscencias de la carne: cf. Regla, cap. VII), modelándose un corazón que escuche, que permanezca despierto, que reconozca la paternidad de Dios.

Pero esta disposición interior sería vana si no estuviera acompañada de "buenas obras" (cap. IV) destinadas a autenticarlas en el tejido de las relaciones cotidianas.

San Benito pone en primer plano el respeto al prójimo. Obediencia a Dios-y sumisión al prójimo van a la par y se suponen mutuamente. Respetar es "adelantarse a honrarse unos a otros", "obedecerse a porfía", "no buscar lo que se juzga útil para sí sino más bien para otro" (cap. LXXII); es invertir la ley de toda guerra en germen que reivindica su propio interés en detrimento del interés del prójimo y que la complejidad de las cosas no puede esconder en todos los conflictos. Es necesario ir más lejos aún, en la lógica del Evangelio, para que la violencia sea extirpada de raíz.

Creerse el último de todos

"El séptimo grado de humildad es si no sólo con la lengua se dice inferior y más vil de todos, más también lo cree con íntimo sentimiento del corazón" (cap. VII). Se puede pensar que san Benito sea excesivo o pasado de moda, "dependiendo de una cultura diferente a la nuestra", como se suele decir. Por mi parte no pienso que esta anotación sea accesoria o descartable. Tanto hoy como ayer, la conversión verdadera es a este precio. Si el hombre de violencia se cree autorizado a reivindicar una superioridad totalmente arbitraria, forzoso es afirmar que el hombre de paz no puede en conciencia y en verdad hacer valer ninguna superioridad. Pretenderse superior de manera arrogante es ignorar la persona en su misterio y negarse a dejarse instruir. Es también negar una solidaridad en profundidad entre personas. Saberse dependiente de cada uno de los otros es reconocer que le estoy ligado con anterioridad a toda decisión de mi parte, que mi propia existencia está en juego en ello. Es acoger al otro como a aquella persona que me obliga a abandonar toda imagen y todo conocimiento acerca de ella para ser simple receptividad a su respecto. En este punto, las reflexiones de E. Lévinas pueden ayudar a captar la verdad ética de esa sumisión al prójimo que es el respeto. La "gloria del infinito —dice— (...) no es sino la otra cara de la pasividad del sujeto en que sustituyéndose al otro (...), responsabilidad del prójimo, inspirado por el otro, soy arrancado a mi propio comienzo, a mi propia igualdad. La gloria del infinito se glorifica en esta responsabilidad⁴...".

Acoger al prójimo con respeto es reconocerse responsable de él, agradecido a él. Es dejar de lado todos los prejuicios a su respecto y aun todo juicio, para tornarme pura receptividad a su respecto. Es reconocer su trascendencia, su único rostro, gloria del infinito. Prójimo, al que recibo en el hueco de la vulnerabilidad de un corazón totalmente desarmado, es ciertamente aquel que vive en mí plenamente (¿no hablaba acaso Bossuet de "la eminente dignidad del pobre"? y se torna más próximo a mí que yo mismo, una vez que han sido barridas las ilusiones y las pretensiones de mi egoísmo y de mi suficiencia (imaginar que uno se basta a sí mismo, ¡qué aberración metafísica!).

4. E. Lévinas, "Autrement qu' être ou au-delà de l'essence". La Haya, Martinus Nijhoff, 1974, p. 184.

Esta exigencia de tener que reconocerse inferior a todos no es en san Benito un abuso de lenguaje sino una verdad esencial, puesto que acompaña el nacimiento del corazón nuevo, convertido a la misericordia. Significa que soy responsable de todos, que estoy unido a todos, cuando he descendido hasta el fondo de mí mismo, bajo la mirada de Dios que no hace acepción de personas, a imagen de Cristo que se humilló hasta ser el servidor de todos.

De la humildad a la paz

Las recomendaciones de san Benito: "No buscar la propia conveniencia sino más bien la de los demás", "considerarse el último de todos" y otras varias en el transcurso de la Regla están en consonancia con las cartas paulinas, especialmente con la carta a los Filipenses, cap. II: "Tengan un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento. No hagan nada por espíritu de discordia o de vanidad, y que la humildad los lleve a estimar a los otros como superiores a ustedes mismos. Que cada uno busque no solamente su propio interés, sino también el de los demás".

La semejanza salta a la vista. Estas admoniciones valen precisamente por razón de la humildad y de la obediencia de Cristo, quien siendo de condición divina no reivindicó el ser igual a Dios, sino que tomó la condición de siervo y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Del mismo modo, en san Benito encuentra en nombre de Jesucristo su justificación, este respeto por el prójimo, que es llevado hasta su cumbre en el extremo de la humillación y del despojamiento: "El segundo grado de humildad es que, no amando uno la propia voluntad, no se complazca en satisfacer sus deseos; sino imite con obras aquella palabra del Señor que dice: "No vine a hacer mi voluntad sino la de Aquel que me envió" (cap. VII De la humildad). Se comprende, pues, que Cristo, habiendo llegado al extremo de la *sujección* respecto a todos se haya hecho el salvador de todos. Lo ha reconciliado todo "*haciendo la paz por la sangre de su cruz*" (Col 1,20). A ejemplo de Cristo y por la fuerza del Espíritu, el monje ama la humildad que lo ayuda a vencer en él toda raíz de enemistad haciéndolo solidario interiormente con cada existencia humana que grita su miseria y aspira, conscientemente o no, al gesto de misericordia, único que salva.

Amar a los enemigos

Esta aceptación del otro ya no descansa evidentemente en la estima de las cualidades y los defectos, en simpatías y antipatías. Todas ellas quedan sobrepasadas pues el precepto del respeto se aplica a toda persona *sea quien sea*. "Honrar a todos los hombres" (cap. IV) concierne evidentemente también a los que no amamos por instinto o a los que nos quieren mal. Si hubiera una sola exclusión la caridad sería selectiva, contradictoria, y gravemente amenazada por esta contradicción. El aguijón de la violencia todavía podría destilar su veneno mortal. Hay una sola manera de detener el engranaje: amar a sus enemigos. Cuando estos son amados, todos los hombres son amados. Ya no existe esa pequeña quemadura de resentimiento que se

inflama hasta el estallido de la violencia y el desconcierto del corazón. Hélo aquí, por el contrario, enteramente desarmado, liberado de sus miedos, libre por fin. ¿Ideal imposible? Es este, sin embargo, el que san Benito propone a sus monjes, y que muchos hombres, más numerosos de lo que se piensa, han podido encarnar, pues todo es posible para Dios.

Así un Miguel Angel Estrada, que supo de la prisión y la tortura, dice: "En el momento mismo en que un ser humano ejerce sobre otro las peores atrocidades, yo sentía que es posible perdonarlo y hasta... encontrar palabras para consolar al torturador cuando se viene abajo, porque a veces es él quien se desmorona y aterrizado, desequilibrado, acude a ti. (...). Son relaciones muy difíciles de explicar, de comunicar a quien no las ha vivido, completamente incomprensibles si no se ve que Dios está allí presente"⁵. Como lo proponía más arriba, siguiendo a Em. Levinas, es la revelación de un rostro, de una trascendencia, de un despojamiento —más allá de todos los artificios de la mentira, del egoísmo, de la voluntad de poder— lo que apela a mi subjetividad, que ha quedado repentinamente desarmada de sus miedos y de la tentativa (¿de la tentación?) de defenderse y de devolver mal por mal.

El amor a los enemigos es el criterio infalible de la paz interior reconquistada y la condición de una oración plenamente abandonada al Espíritu Santo. Silvano del Monte Athos, coincidiendo con san Benito, considera que ese amor es la clave de la plena apertura al Espíritu y de la compasión universal.

Abandonando todo saber, todo poder sobre el otro y hasta toda defensiva, en ese lento cavar de la humildad, se desvela la imagen de Dios pervertida por la voluntad de matar. Una vez descartada la voluntad simétrica de matar, el hombre rescatado se deja entrever y una oportunidad, a Dios solo confiada, le es dada nuevamente. Esta oportunidad depende de la misericordia, que no juzga ya sino que ofrece y espera.

En el capítulo titulado "Los instrumentos de las buenas obras" (cap. IV), sobre setenta y dos recomendaciones, unas veinte se refieren más o menos directamente a la rectitud del corazón frente al prójimo y dos mencionan explícitamente el amor a los enemigos:

2. Amar al prójimo como a sí mismo.
8. Honrar a todos los hombres.
9. No hacer a otro lo que no quiere que se le haga.
22. No satisfacer la ira.
23. No guardar resentimiento.
24. No tener dolor en el corazón.
25. No dar paz falsa.
26. No abandonar la caridad.
29. No devolver mal por mal.
30. No hacer injuria, sino soportar pacientemente las que le hicieren.

5. Reportaje de "La France Catholique Ecclesia", del 6.1.1984, p. 4.

31. *Amar a sus enemigos.*
32. No devolver maldición a los que lo maldicen, sino más bien bendecirlos.
33. Sufrir persecución por la justicia.
50. Estrellar al punto contra Cristo los malos pensamientos que vienen a su corazón, y manifestarlos al anciano espiritual.
64. No odiar a nadie.
65. No tener celos.
66. No ejercitar la envidia.
67. No amar la contienda.
70. *Orar en amor de Cristo por sus enemigos.*
71. Volver a la paz con el enemistado antes de la puesta del sol.

El amor a los enemigos prueba por su imposibilidad misma que es fruto no del esfuerzo humano sino íntegramente don del Espíritu. Hace cruzar la brecha que separa el hombre carnal del hombre espiritual. Amar a sus enemigos es ciertamente vivir del Espíritu, pues los hombres son incapaces de ello por sí mismos. Es recibir de Dios el corazón nuevo, fuente de paz, creación del Espíritu.

La tierra nueva donde Dios es todo en todos.

Digamos una vez más que felizmente el ideal benedictino de paz no presenta nada especial con respecto al Evangelio.

Sin embargo, al simbolismo monástico medieval le gustaba hablar del "paraíso del claustro", no por énfasis o por propensión al ensueño, sino más bien por el presentimiento, parcialmente realizado, de que ha de nacer una tierra regenerada en la cual seres y cosas serán respetados por sí mismas, pues son ante todo creaturas de Dios, Padre muy bueno. Tierra de luz en que las divisiones del pecado y las oscuridades del corazón maligno ya no corren. Mundo litúrgico en el que la creación, por la alabanza de los labios y el canto de los salmos se vuelve hacia su Padre en los gemidos inefables del Espíritu. Mundo sacramental en el que todas las cosas y el rostro del hermano se convierten en elementos de la alabanza eucarística, y no ya simplemente fuerzas de producción u objetos de utilidad. Ciertamente, en el claustro hay que producir, pero más aún hay que ofrecer, a fin de que la tierra nutricia entregue sus promesas a la medida del don de Dios. Y en el agradecimiento a Dios Padre la paz reina y florece en nueva creación. De modo que la paz benedictina —o evangélica— no es una actitud un tanto beata o estoica de una tranquilidad alejada de los ruidos y sobresaltos de un mundo inquietante. Es más verdaderamente un acuerdo con el designio de Dios sobre el mundo en movimiento a su último destino porque aspira como cada uno de nosotros a entrar en la gloria de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8). La paz es, pues, escucha al Espíritu y participación,

por la obediencia filial, en su trabajo de creación de los cielos nuevos y de la tierra nueva en la que lágrimas y gemidos habrán desaparecido.

Traducción del francés por

Paula Debussy, osb Abadía de Santa Escolástica

La Vie Spirituelle

29, bd Latour - Mabourg - 75340 Paris Cedex 07

Ephrem YON, osb

